

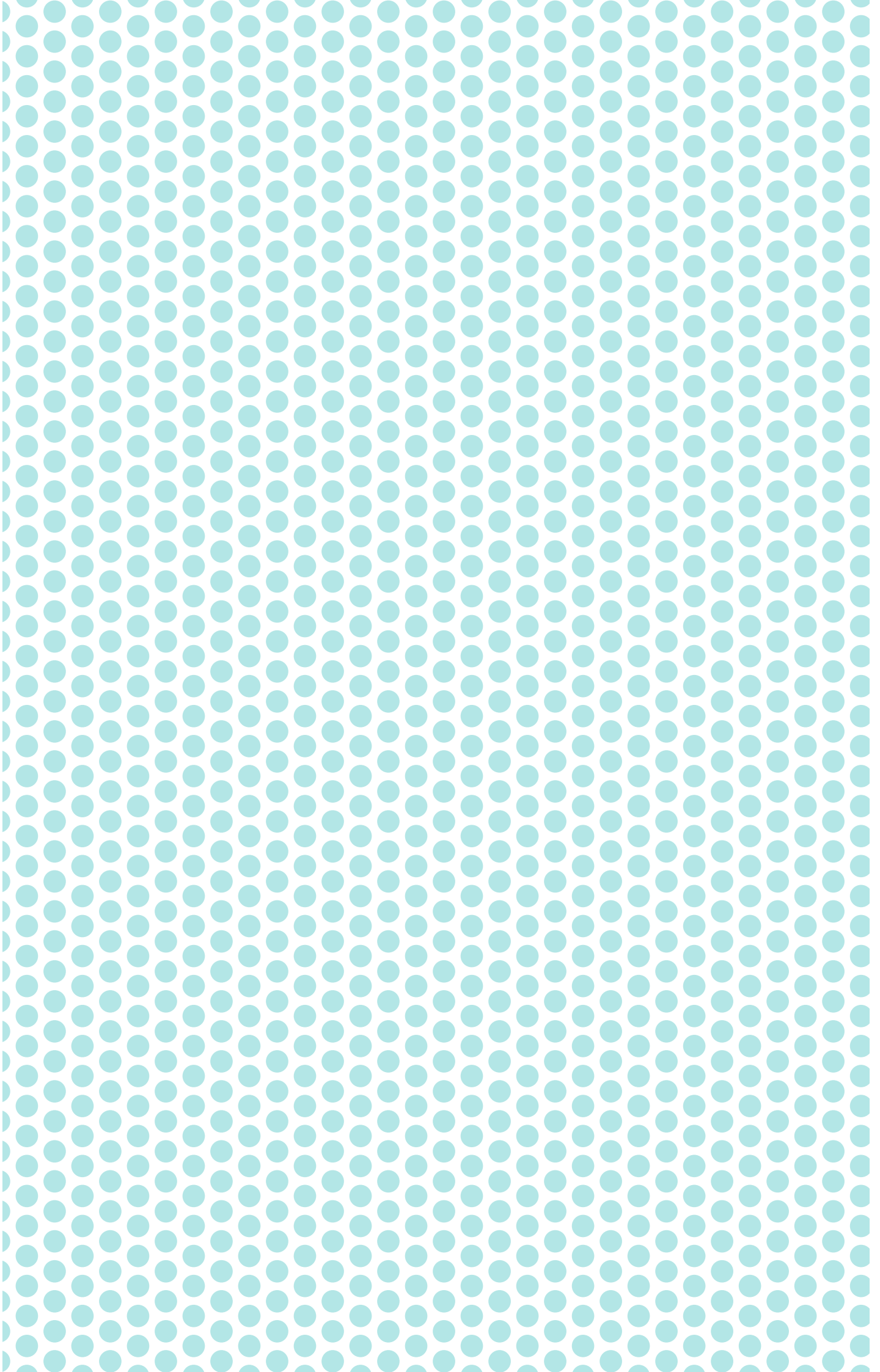
EL BARCO
DE VAPOR

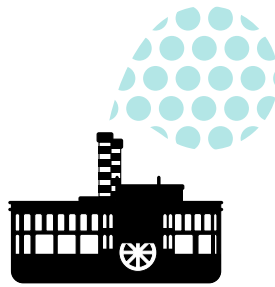
Operación Caperucita

Manuel L. Alonso



Ilustraciones
de Bruno Hidalgo





EL BARCO
DE VAPOR

Operación Caperucita

Manuel L. Alonso

Ilustraciones de Bruno Hidalgo



Primera edición: septiembre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Manuel L. Alonso, 2016
© de las ilustraciones: Bruno Hidalgo, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9039-5
Depósito legal: M-28917-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Inma,
por las ideas que siempre refuerzan
y mejoran mis historias.*

*A Marie-Christine,
por su amistad y por presentarme
a su gato Juju, modelo en algunos aspectos
para el personaje de Milord.*

● 1

EL PRIMER DÍA, POR LA TARDE

SUCEDIÓ DE LA MANERA en que ocurren siempre las peores cosas: de repente.

Claudia, de cinco años, desapareció justo el día en que acababa de estrenar un disfraz de Caperucita Roja.

No se llegó a saber cómo pudo suceder, puesto que su madre solo la perdió de vista un rato. Vivían en una urbanización entre la ciudad y el campo, y no permitían a Claudia salir sola a la calle.

A media tarde, la madre la dejó jugando en el jardín. Poco después, no había rastro de Claudia.

Todos los niños se han perdido alguna vez, a menudo por un despiste en un centro comercial o algún sitio parecido. La situación suele resolverse con una regañina y un abrazo, y luego se olvida o queda como anécdota en la familia.

En ocasiones es más grave, y no hay forma de saber qué le pasaba por la cabeza al despistado. O al fugitivo, porque hay quien se escapa y, cuando quiere volver, no sabe hacerlo.

Claudia tuvo que rodear la casa, atravesar un pinar y caminar una distancia considerable por el bosque, hasta llegar a un claro donde había una casa abandonada.

Era una vieja casa de campo, ya en ruinas, en la que todos los cristales habían sido rotos a pedradas y hasta se habían llevado la puerta.



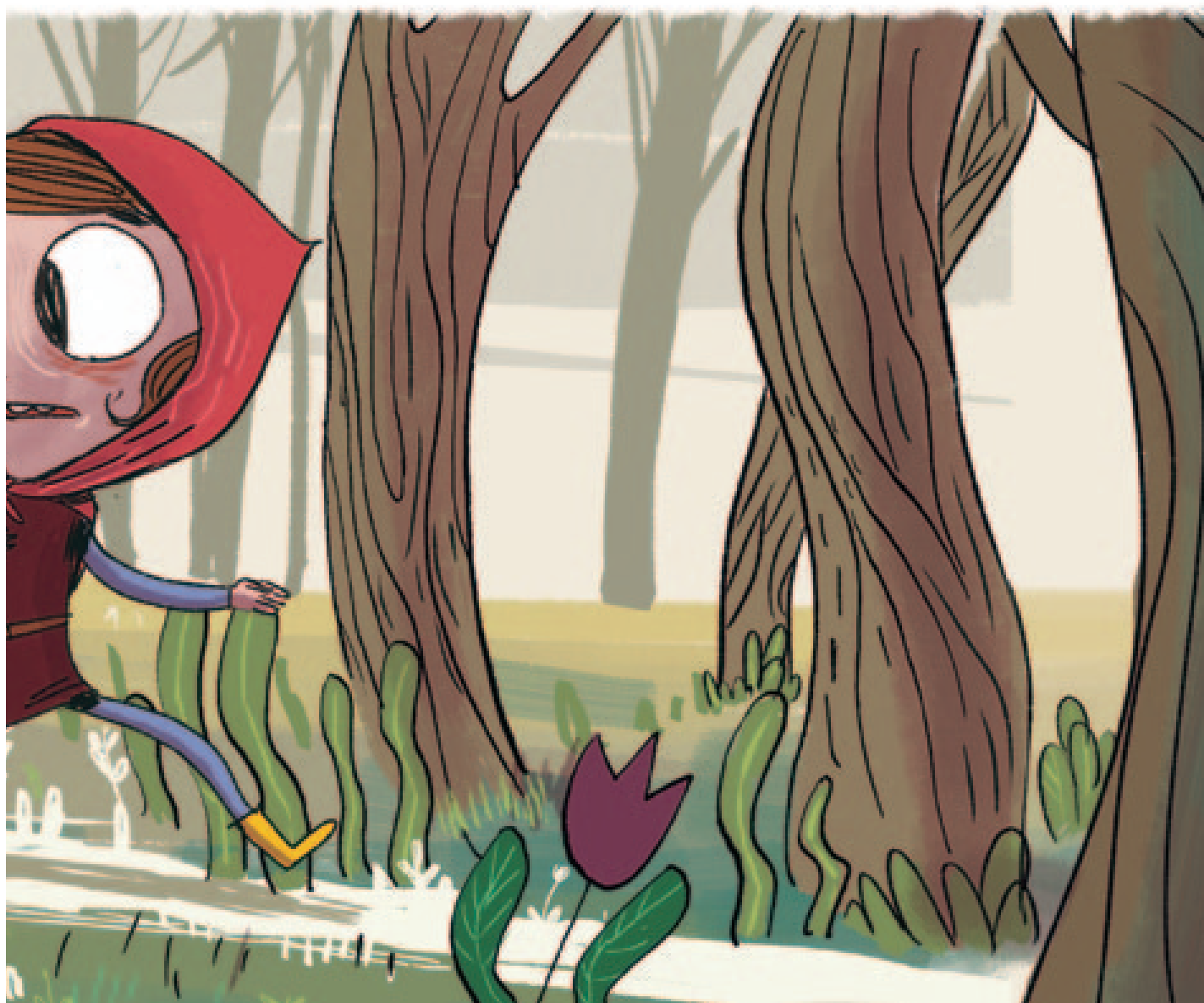
Ni los chicos mayores se atrevían a entrar allí para explorar.

Y aquí empieza el misterio: Claudia sí se atrevió.

Posiblemente entró en la casa buscando ayuda. Nunca llegó a explicarlo.

Podemos imaginarla, mientras la oscuridad la rodeaba, dejándose llevar por el pánico. Temblando de miedo con su traje de Caperucita.

Probablemente lo primero que hizo fue llamar a su madre: «¡Mamá! ¡Mamá, por favor, ven!».



Tal vez entonces oyó algo que la asustó aún más, y quiso salir de la casa antes de que la oscuridad fuera completa.

Fue el momento en que todo lo decidió un enemigo temible: la mala suerte.

Como en una pesadilla, el suelo cedió bajo sus pies.

Un suelo de baldosas rotas, construido sobre vigas carcomidas, que no resistió el ligero peso de Claudia y se hundió entre nubes de polvo.

Nadie oyó el grito de Caperucita, que apenas duró un segundo porque, al momento siguiente, quedó inconsciente.